

## Ráfagas de vida

### *París, la bienamada*

FLOR ROMERO

Planeta, Bogotá, 2011, 228 págs., il.

ESTE ES el último volumen de la trilogía *Una mujer entre dos junglas*, que Romero inició con *Detrás del antifaz* (2008) y siguió con *El hechizo del destino* (2009). El primero de la trilogía, trata de la niñez de la protagonista en su solar nativo, su educación primaria y secundaria y culmina cuando se dispone a buscar su primer trabajo; el segundo, arranca con ese primer trabajo, pasa por la formación universitaria, el trabajo como periodista, el matrimonio, la maternidad, los primeros viajes, hasta el nombramiento como diplomática en París. El tercero cuenta esa experiencia parisina (1974-1987) y va más o menos hasta 1995.

La protagonista de la historia tiene el mismo nombre de quien figura como autora: Flor Romero; pero pese a que comparten nombre, recuerdos y experiencias de vida, son dos Flores diferentes: la primera un sujeto creado en y por un discurso literario y la segunda una mujer de carne y hueso. La aclaración vale, porque una cosa es la vida real de una persona, lo que en efecto –o en defecto– vive, y otra muy diferente, la memoria, y el qué, el cómo y sobre todo el para qué del recuerdo.

Más un libro de memorias que un texto autobiográfico, Romero está recordando episodios de su vida sin ser rigurosa ni en el orden ni en la evocación. En últimas, cada quien recuerda lo que quiere y de paso inventa la historia de vida que quiere evocar en el futuro; cada quien es libre de fabricar su biografía para recordar después lo que vivió, pero también lo que le hubiese gustado vivir.

En 1974, al principio del gobierno de Alfonso López Michelsen –sobre quien escribió en 1989 el libro: *López: polémico y polemista*–, Romero fue nombrada funcionaria en la embajada de Colombia en París, cargo que ocupó hasta 1982; en ese año fue nombrada responsable en París de la oficina de relaciones públicas de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, cargo que desempeñó hasta 1987; entre 1988 y 1995 sus biografías en la web

no aportan mucha información sobre sus actividades, aunque por el presente libro podemos suponer que estuvo entre París y Bogotá; aproximadamente a mediados de los noventa retorna de manera definitiva a Colombia.

La memoria de esos veinte años es la que se cuenta en este libro redactado y publicado por Romero después de sus setenta y cinco años. La veteranía de más de cuarenta y cinco libros escritos y publicados, no traduce experiencia en la escritura sino más bien exceso de confianza; el libro está escrito con afán y descuido. Pese a que es encomiable que un escritor se mantenga en activo hasta la edad que quiera y pueda, no es recomendable que publique sin mediar la mano amiga de un editor.

En los treinta y tres capítulos del libro no hay ningún orden; los hechos rememorados no conforman un discurso cohesionado ni coherente. Pero claro, la memoria es caprichosa, y Romero cuenta conforme recuerda, viajando en el tiempo a la velocidad de su pluma. En el primer capítulo recuerda, por ejemplo, su llegada a París el 14 de julio de 1966, *flashback* de su primer recuerdo de la ciudad, ocho años antes del nombramiento. Dando otra información en cambio es muy precisa, por ejemplo, los menús de los restaurantes y los comensales que le acompañaron los recuerda a la perfección: con el pollo López y la niña Ceci: “paté de la casa, *cailles au raisins* y *crêpes suzette*. Un buen vino Saint-Émilion rojo...” [pág. 102]; con Hanna Schygulla: “trucha al vapor, una ensalada verde y una botella de vino Bordeaux” [pág. 111].

A la par de la vida propia, la narradora cuenta la de Sonia, una amiga muy cercana. Al principio, a través de sueños que tiene con ella, somos testigos los lectores de la relación de Sonia y su marido; después, los sueños de la narradora se alternan con pasajes en que va contando apartes de la historia de la amiga; hay un momento en que incluso la narradora se sueña leyendo un fragmento de la libreta de apuntes de Sonia. Las cosas que se cuentan de Sonia tienen que ver más con su vida afectiva, el esposo con quien ya no vive pero a veces ve en París, nuevos amigos, amantes con quienes se encuentra en diversos países; el que esa vida personal que Romero cuenta de Sonia, no la cuenta de sí misma, hace pensar que

Sonia es áter ego de la autora, y que a través de la “amiga” Romero cuenta sus avatares amorosos; más que un juego literario propuesto por la autora a sus lectores, parece ser un recurso motivado por el pudor. París funciona como eje, centro y *locus amoenus*, a su alrededor Romero aprovecha para contar veinte años de vida viajera; hay menciones a viajes de ella o de Sonia por España, Cuba, México, India, el Tíbet, Austria, Hungría y Rusia.

Lamentablemente, la calidad narrativa de la trilogía se va deteriorando conforme pasan los tomos. La prosa de Romero es floja y está sobrecargada de adjetivos cursis, frases hechas y eufemismos. Como muestrario los siguientes ejemplos: “Fue un día inolvidable en el que admiró la flotilla de aviones rasgar los cielos parisinos, entrar y salir de la vista como cóncores fugaces; divisó esos aviones que repetían las parábolas de las garzas del Magdalena, con las formaciones en V perfectamente diseñadas. El galán les había regalado sendos ramos de tulipanes variopintos y, con ellos en los brazos, se acercaron al portón de hierro de la avenida” [pág. 41]; “Los bermejos en el horizonte hacían aparecer incandescentes las nubes en los confines, para dorar y enrojecer las aguas de las cinco de la tarde” [pág. 77]; “Vestía un traje color guayaba bordado y lucía largas uñas nacaradas; seguía siendo de mirada brillante, movimientos ágiles, felinos y tenía un cierto encanto en su seguridad” [pág. 185]. Además, en vez de decidirse a contar de una vez hasta el final, tiende a irse por las ramas. Como cualquier libro de memorias es la versión oficial de la propia vida. Se resalta entonces más la seguridad que la duda, es más la crónica de lo que se hizo –bien o mal–, que el listado de las frustraciones.

Muchos retazos de estas memorias los presenta la narradora como una selección de capítulos de su vida vinculados con figuras públicas reconocidas, procurando mostrarse con ellos, codo a codo, a la manera de quien colecciona fotos con famosos con la intención prioritaria de mostrarlas; el prurito de darse lustre es constante, recuerda quiénes le publicaron, quiénes la tradujeron y a cuáles idiomas, quién la recomendó, cuáles fueron las editoriales, su trato personal con algunos colegas

MEMORIAS		RESEÑAS
<p>–Cortázar, Carpentier, Roa Bastos–, en un afán constante de autopromoción. Un <i>name-dropping</i> descaradamente exhibicionista que incluye al empresario Julio Mario Santo Domingo, con quien compartió en París durante un <i>Tour</i> de Francia, y a Juan Manuel Santos, a quien conoció en Londres como directivo de la Organización Internacional del Café, y recuerda como sigue: “Oficiaba como ejecutivo consagrado y muy activo, acumulando conocimientos sobre la industria del café y el comercio exterior. Era el soltero más atractivo para las jovencitas colombianas que iban a estudiar a París. Desde entonces –me confesaría su padre Enrique Santos Castillo– estaba predestinado para ser presidente de Colombia” [pág. 140]. Otros personajes de la vida colombiana se adivinan bajo otro nombre, por ejemplo, como Bedugo aparece alguien muy parecido a Plinio Apuleyo Mendoza, y como Reginalda y Ruska personajes muy parecidos a Regina Betancourt y Danny Liska. Los poderosos se refieren con el nombre propio, los personajes de menos linaje se intentan disimular.</p> <p>Lo mejor de estas memorias, a) La visita a Dulce María Loynaz [págs. 79-82], pese a la brevedad y a que se queda corta con el personaje, prefiriendo la enumeración de otros personajes que también conoce en Cuba, a Romero le preocupan menos los qué y más los quiénes: Eliseo Diego, Mario Benedetti, Pablo Armando Fernández, a quienes sin embargo nombra solo de pasada; b) La evocación de la pintora Emma Reyes y la inclusión de un cuento corto inspirado en ella y en Enrique Grau [págs. 88-90]; y c) El episodio en donde la autora recuerda su menopausia [págs. 131-136].</p> <p>Gracias a este libro prescindible y mal escrito somos testigos de la historia de un valioso ser de su tiempo. Asiste el lector a la vida de una mujer fuerte que de niña desarrolló esa particular entereza que tienen los huérfanos tempranos; una vida ejemplo de movilidad social, y un modelo típico de mujer colombiana: líder, dinámica, con iniciativa; una mujer que sacó adelante con tenacidad la revista <i>Mujer</i>, y que supo combinar con inteligencia su desarrollo profesional, su emancipación personal, la administración de su casa y la educación de sus hijos, y a quien además,</p>	<p>le tocó convivir con un marido inseguro y celoso, de esos que pretenden que las mujeres no trabajen y se queden encerradas en casa. Una mujer acostumbrada al trabajo, que siempre trabajó y que sigue trabajando. Sin embargo, pese a todas las virtudes personales de Flor Romero, la obra de su vida es muy superior a la obra de sus letras.</p> <p style="text-align: right;"><b>Carlos Soler</b></p> <hr style="width: 20%; margin-left: auto; margin-right: auto;"/>	